

## Toulouse

Rechazó el ofrecimiento mediante un gesto mínimo, de profundo y puro desamparo, triste como un gorrión muerto en un parterre. Después se ovilló en el suelo. No insistí, dejé la sopa junto a la puerta, y lo tapé con una manta vieja que hasta entonces había servido de cobertor para mi tocadiscos.

-Me llamo Benigno – dijo. Apagué la luz y me marché a mi cuarto.

Todo en aquel hombre, su ropa de pana y franela, su corte de pelo a cepillo, el modo reverencial de pronunciar cada palabra, me hacía pensar en fotografías en sepia olvidadas en un cajón. Había aparecido de pronto, unos minutos antes, en mi desván. En esos días todo era tan extraño que ya nada resultaba extraño, así que no sentí la violencia y el pasmo que, en cualquier otro momento, habría provocado en mí una situación como aquella.

-He perdido mi autobús – repetía sin cesar, buscando entre las cajas apiladas en los rincones -. No lo encuentro, no lo encuentro.

-¿Qué hace usted aquí?

-Creo que me quedé dormido – musitó, fijando la mirada en el infinito estrellado de la claraboya. A continuación, se abofeteó el rostro, las piernas, el rostro, y quiso salir a la calle.

-No puede hacerlo, está prohibido. Hay un virus – le expliqué.

Hubo, creo recordar, unos segundos de silencio denso. Un ladrido a lo lejos. Un chasquido de maderas que se dilatan.

-¿Es esto la vida real? – preguntó.

-No lo sé – respondí -. Realmente, ya no lo sé.

Tras una semana sin apenas probar bocado, se atrevió a bajar al salón, atraído por el aroma de unas migas.

-No son como las de mi Azucena, pero están bien – dijo -. Y ahora, ¿qué hacemos? – añadió, dejando sus cubiertos sobre el plato.

-¿Un dominó?

Durante los meses siguientes entretuvimos las horas jugando al mus, al parchís, al ajedrez. No veíamos la televisión y prácticamente no hablábamos. Él se esforzaba por no resultar invasivo, y yo, que jamás había convivido en pareja, que nunca tuve compañeros de piso, ni mascotas, ni tan siquiera plantas, hacía lo propio, tratando de disimular ante él mi acostumbrada misantropía. Había algo extrañamente natural en su presencia, un alivio de última pieza de un puzle, que vibraba en mi pecho sin que yo pudiese descifrar el motivo.

Cuando terminó la interminable cuarentena, empezamos a pasear sin rumbo cada noche, hasta que una madrugada de agosto, rozando el amanecer, en la que el asfalto todavía ondulaba de calor, al fin lo encontramos.

-¡Mi autobús! – exclamó.

Estaba al otro lado de una avenida enorme y desierta. En su interior los pasajeros esperaban con la paciencia que únicamente enseña el campo. Benigno y yo nos despedimos dándonos un abrazo, él cruzó a toda prisa los cuatro carriles y entró de un salto en el asiento del conductor.

Comenzó a desplazarse despacio, dejando en el aire una humareda negra en desuso. Aún estaba cerca cuando pude leer en su parte trasera un rótulo, “*Destino: Toulouse*”. De golpe, una herida infantil, que había intentado cerrar durante más de cincuenta años, se me abrió sin compasión en el estómago. Distinguí entonces en una de las ventanillas un perfil, que también era el mío, y una melena rojiza recogida en un moño. Corrí sin posibilidad alguna de darles alcance, Benigno ya había ganado velocidad, y se alejaba, se alejaba. Antes de que se perdieran al doblar una esquina, me pareció ver que ella se giraba hacia mí.

-¡Sal de ahí, mamá, baja del autobús! – grité sin aliento, pero tampoco aquella vez pude salvarla.

**Seudónimo: Bluth**